

Maria Semple

HOY TODO SERÁ DISTINTO

Traducido del inglés por Miguel Marqués

Título original: *Today Will Be Different*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Maria Semple
© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2018
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-093-3
Depósito legal: M. 13.241-2018
Printed in Spain

Hoy todo será distinto. Hoy estaré presente. Hoy miraré a los ojos y escucharé con atención a todas las personas con las que hable. Hoy jugaré a un juego de mesa con Timby. Hoy daré el primer paso en el sexo con Joe. Hoy estaré orgullosa de mi aspecto. Me ducharé, me arreglaré y solo me pondré la ropa de yoga para ir a clase de yoga, a la cual no faltaré. Hoy no diré tacos. No hablaré sobre dinero. Hoy la gente me encontrará tranquila, desahogada. Relajaré las facciones. Estaré risueña. Hoy irradiaré calma. Rebosaré amabilidad y autocontrol. Compraré productos locales. Seré la mejor versión de mí misma. Seré la persona que soy capaz de ser. Hoy todo será distinto.

El truco

1

Porque de la otra manera no estaba funcionando. Levantarse solo para que el día pase hasta que llegue de nuevo la hora de meterse en la cama. El esfuerzo para sacar las cosas adelante era aterrador: una afrenta a la dignidad y a la arriesgada apuesta de vivir. Caminar de un lado a otro como un espectro. La irritabilidad distraída. La niebla que cae y se levanta a toda prisa. (Todo esto lo estoy suponiendo; en realidad, no tengo ni idea de cómo las afronto, tengo la consciencia metida en un agujero en el suelo, como un sapo en invierno.) Estoy dejando el mundo peor de lo que está, solo por estar en él. La ceguera que me impide ver la estela de destrucción a mi paso. Soy mi propio señor Magoo.

Si me obligasen a ser sincera, esto es lo que podría contar sobre cómo dejé el mundo cada uno de los siete días de la semana pasada: peor, peor, mejor, igual, peor, igual. No son notas como para henchirse de orgullo. Aunque, eso sí, tampoco tengo que hacer del mundo un lugar mejor. Hoy viviré según el juramento hipocrático. Ante todo, no hacer mal.

¿De verdad es tan difícil? Dejar a Timby en el cole, ir a clase de poesía (¡mi momento favorito del día!), ir a clase de yoga, almorzar con Sydney Madsen (a Sydney no la soporto pero, al menos, podré tachar esa tarea de mi lista; luego hablaré de ello), recoger a Timby y dedicarle tiempo a Joe, el garante de toda esta loca abundancia.

Os estaréis preguntando, ¿a qué se debe tanta agitación y tanta ansiedad un día normal y corriente, lleno de los típicos problemas de persona blanca primermundista? Pues se debe a que estoy yo, pero también la fiera que me habita. Sería genial que esa fiera que también soy pudiera desfogarse en un ring gigante, infundir terror, causar conmoción y una destrucción fabulosa de la que hablasen los anales de la historia. Si pudiese afrontar algo así, no lo dudaría un instante: encontrar la gloria inmolándome por las artes escénicas y del espectáculo. Pero ¿cuál es la triste verdad? La fiera se desfoga a una escala dolorosamente reducida: microtransacciones de las que siempre me arrepiento y en las que siempre se ven implicados Timby, mis amigos o Joe. Cuando estoy con ellos me muestro irritable y vivo consumida por la preocupación; cuando no estoy con ellos, suelto tacos y me emborracho hasta emocionarme por cualquier cosa. ¡Ja! ¿No os alegráis de tenerme a raya, a una distancia prudencial; de haber echado el pestillo y subido las ventanillas? Oh, no es para tanto. Soy buena persona. Exagero para darle dramatismo al asunto. En realidad no es así.

El caso es que el día empezó en el momento en que me quité enérgicamente de encima las sábanas. El clic, clic, clic, de las uñas de Yoyó sobre la tarima de madera, deteniéndose justo ante la puerta de mi dormitorio. ¿Por qué cuando Joe se levanta no aparece Yoyó trotando; por qué no aguarda entonces tras la puerta con esa esperanza desdichada? ¿Cómo sabe Yoyó desde el otro lado que soy yo quien se ha levantado y no Joe? Una vez, un entrenador de perros me dio una explicación que me dejó bastante deprimida: es por mi olor. Recuerdo que para Yoyó el nirvana es una foca muerta en una playa. Eso me entristece y me hace preguntarme si no sería mejor volver a la cama. Pero no. Hoy no.

No quería mostrarme falsamente modesta con Sydney Mad-
sen.

Joe y yo llegamos a Seattle desde Nueva York hace una dé-
cada, dispuestos a crear una familia. Yo había pasado cinco
agotadores años escribiendo para la serie de animación *Loo-
per Wash*. En esa época había pegatinas y alfombrillas de ra-
tón de la serie hasta debajo de las piedras. «Yo soy Vivian.»
«Yo soy Dot.» Os acordáis, seguro. Si no, buscad en vuestra
tienda de segunda mano más cercana, en el cesto de pague dos
y llévese tres (la serie es de hace tiempo).

Joe es cirujano especializado en manos. Se convirtió en
toda una leyenda tras reconstruirle la mano a un *quarterback*
al que se le había doblado completamente el pulgar hacia
atrás. Todo el mundo dio por hecho que no volvería a jugar
nunca, pero al año siguiente llegó a la Super Bowl y la ganó.
(No recuerdo el nombre del jugador, pero no podría decirlo
igualmente, por esos acuerdos de confidencialidad entre pa-
ciente/médico/esposa cotilla del médico.)

Joe recibió ofertas de trabajo de muchos otros lugares. ¿Por
qué elegimos Seattle? Joe, que era un buen chico católico de
las afueras de Búfalo, en el estado de Nueva York, no concebía
criar a nuestros hijos en Manhattan, que era donde yo quería
vivir. Hicimos un trato: nos mudaríamos al lugar que él elogie-
se y viviríamos allí diez años; luego viviríamos en Nueva York
otros diez años; luego volveríamos a su ciudad; luego a la mía.
Así hasta morir. (Un trato que parece haber olvidado, todo sea
dicho, porque ya rozamos la década en Seattle y no le veo la
mínima intención de ponerse a hacer maletas.)

Como todo el mundo sabe, la conjunción de recibir una
educación católica y tener medio dedo de frente equivale a ha-
cerse ateo. En uno de los congresos sobre escepticismo a los
que íbamos a veces (sí, en nuestros primeros años de matrimo-
nio hacíamos cosas como ir hasta Filadelfia en coche para ver
al mago y escritor Penn Jillette refutar a un rabino judío. ¡Oh,

volver a no tener hijos...! O no, quizá no lo deseo tanto), Joe había oído decir que Seattle era la ciudad menos religiosa de los Estados Unidos, así que para allá nos fuimos.

A nuestra llegada, un miembro de la junta directiva de Médicos sin Fronteras organizó una fiesta de bienvenida para Joe y para mí. Recuerdo pasear por su mansión a orillas del lago Washington plagada de arte moderno y amigos futuros, todos para mí. Toda mi vida he caído bien. De acuerdo, lo diré: en realidad, me han adorado. No entiendo por qué, dada mi personalidad vergonzante. Pero es así, de algún modo. Joe lo achaca a que soy la tía más tío que ha conocido en su vida, pero a la vez soy sexy y no tengo filtros emocionales. (¡Menuendo cumplido!) En la fiesta, deambulé de habitación en habitación, mientras me presentaban a una señora tras otra, equiparables todas en su decencia y calidez. Eso de que te presentan a alguien que te dice que le gusta ir de acampada y tú contestas: «¡Oh! Justo estaba hablando con una chica que va a hacer un ráfing de diez días por el río Snake, ¿tienes que conocerla!». Y tu interlocutora te contesta: «Era yo».

Se me olvidan las caras, qué voy a hacerle. Y los nombres, también. Y los números. Y las horas. Y las fechas.

La fiesta fue un batiburrillo de gente que me quería enseñar de todo: las tiendas más chulas de la ciudad, rutas de senderismo desconocidas, el restaurante italiano que el padre del chef Mario Batali tiene en la plaza Pioneer, o el mejor dentista de Seattle (que tiene colgado del techo de su consulta un cuadro pintado con purpurina de un tigre saltando en paracaídas). Una incluso quiso que compartiéramos mujer de la limpieza. Otra, Sydney Madsen, me invitó a almorzar al día siguiente en el Tamarind Tree, un restaurante del Distrito Internacional.

(Joe hace lo que él llama «el test de las revistas», inspirado en la reacción que todos tenemos al abrir el buzón de casa y sacar una revista. Uno sabe instantáneamente si la revista le

hace ilusión o lo decepciona. Por eso no estoy suscrita a *The New Yorker* y sí a revistas de cotilleo.) Sydney Madsen es el equivalente humano a la *Gaceta de Otorrinolaringología*.

En aquel primer almuerzo, Sydney habló con palabras cuidadosamente escogidas y miró con miradas que rebosaban sinceridad. Vio una manchita en su tenedor y pidió uno nuevo al camarero deshaciéndose en disculpas. Pidió agua caliente para prepararse un té con una bolsita que había llevado de casa. Dijo que no tenía mucha hambre y propuso compartir mi ensalada de papaya. Confesó que no había visto nunca *Looper Wash*, pero que echaría un vistazo a los DVD de la biblioteca de su barrio.

¿Os hacéis una idea de ese envaramiento sombrío, de ese estar en las nubes de puro egocentrismo, de esa cutrez repulsiva? ¡Las manchas de cal de los tenedores no matan! Eh, ¿y qué tal si compras el DVD en lugar de pedirlo prestado? ¡A un restaurante se va a comer; si no, terminarán echando el cierre! Lo peor de todo es que Sydney Madsen era seria, íntegra, sin una mota de humor y, además, hablaba... muy... despacio... como... si... sus... clichés... fueran... moneditas... de... oro.

Yo estaba espantada. Es el efecto que tiene sobre las chicas vivir durante demasiado tiempo en Nueva York: nos convencemos falsamente de que el mundo está lleno de gente interesante. O al menos de gente loca, pero cuya locura resulta interesante.

En un momento dado, me removí tan enérgicamente en mi silla que Sydney preguntó (y no es broma): «¿Necesitas ir al tocador?». (¿El «tocador»? ¿El «tocador»? ¡Que alguien la mate, por favor!) Lo peor era que todas esas mujeres con las que había aceptado alegremente salir a hacer senderismo o ir de compras no eran personas distintas. No, en efecto; eran todas la misma: Sydney Madsen. Seattle me confundía. Tuve que emplearme a fondo para esquivar el alud de invitaciones que se

me vino encima: pasar un fin de semana en su cabaña de isla Vashon, presentarme a la esposa de no sé quién para tal cosa, o a no sé qué dramaturgo para tal otra.

Volví corriendo a casa y se lo conté a Joe a voz en grito.

Joe: «Deberías haber sospechado. Cuando alguien se vuelca tanto en hacerse amiga tuya es porque no tiene muchos amigos».

Yo: «Por esto te quiero, Joe, por cómo lo sintetizas todo». (Joe el Sintetizador: ¿no es adorable?)

Perdonad por daros tanto la murga con Sydney Madsen. La cosa es que no he sido capaz de quitármela de encima en diez años. Ella es la amiga que no me cae bien, la amiga que ni siquiera sé a qué se dedica porque durante aquel primer almuerzo con ella estuve medio atontada y no se lo pregunté (y demostrar más adelante que no tenía ni idea me habría hecho quedar como una maleducada, y yo no soy una maleducada), la amiga con la que no puedo ponerme borde para que se entere de las cosas (porque yo no soy borde), la amiga a la que le digo que no, que no y que no, pero aun así me sigue persiguiendo. Es como la ELA: no tiene cura, solo puedes paliar los síntomas.

Hoy toca almuerzo (música lúgubre de fondo).

Por favor, tenéis que saber que soy muy consciente de que comer con una persona aburrida es una *delicatesen* de problema. Cuando digo que tengo problemas, no me refiero a Sydney Madsen.

Yoyó trota calle abajo: es el príncipe del barrio de Belltown. Oh, Yoyó, criatura insensata, vital, con tu oreja estropeada, flameando a cada paso. Es tan conmovedor ese orgullo con que te dejas pasear por mí, tu amada inmortal. Si tú supieras.

Qué espectáculo descorazonador: cada mes, un bloque de apartamentos más alto que el anterior, todos atestados de repartidores en moto de Amazon con sus tarjetas falsas de discapacitado. Todas las mañanas salen por miles de sus estudios, con los ojos entornados, enfrascados en sus móviles, sin levantar la mirada. (Trabajan para Amazon, así que está claro que son unos desalmados. La pregunta es ¿cómo de desalmados?) Me hace añorar los días en que tenía toda la Tercera Avenida para mí, con sus escaparates vacíos y un tipo puesto de metanfetaminas gritando: «¡Así es como se deletrea América!».

En el exterior de nuestro edificio, nos encontramos con Dennis y su carrito de la basura, reponiendo el dispensador de bolsas para las cacas de perro.

—¡Buenos días, chicos!

—¡Buenos días, Dennis! —En lugar de pasar por su lado como el viento, me detuve y lo miré a los ojos—. ¿Qué tal tu día?

—Bueno, no me quejo —respondió—. ¿Qué tal usted?

—Yo podría quejarme, pero no lo haré.

Dennis rio entre dientes.

Primer punto del día.

Abrí la puerta de entrada al apartamento. Al otro lado del vestíbulo, sentado a la mesa del comedor, Joe dormía con la frente apoyada en el tablero, directamente sobre el periódico, los brazos extendidos y los codos doblados, como si lo acabasen de detener.

Fue una imagen absolutamente discordante, de pura derrota. Lo último que habría esperado de Joe.

CLONC.

La puerta al cerrarla. Le quité el arnés a Yoyó. Cuando me incorporé, mi abatido esposo se había levantado de la mesa y había desaparecido en su despacho. Fuera lo que fuese, no quería hablar de ello.

¿Que cómo reaccioné yo? «Pues vale», pensé. Me pareció bien.

Yoyó salió corriendo como un galgo hacia su plato de comida, coceando en el aire con los cuartos traseros al pasar frente a él. Al darse cuenta de que se trataba del mismo pienso que tenía antes de salir de paseo, quedó sumido en la confusión. Se sentía traicionado, sin duda: dio un paso atrás y se dispuso a observar una mancha que había en el suelo.

Oí encenderse la luz de la habitación de Timby. Se había despertado antes de que sonase la alarma, Dios lo bendiga. Fui a su cuarto de baño y me lo encontré con el pijama aún puesto, subido al taburete.

—¡Pero bueno! Buenos días, cariño. ¿Qué haces ya levantado?

Timby dejó lo que estaba haciendo.

—¿Podemos desayunar beicon?

Me miró por el espejo, esperando que me marchase. Yo bajé los ojos. Ese pequeño llanero solitario siempre me ganaba aguantando la mirada. Lo vi empujar algún objeto para que cayese al lavabo, fuera de mi vista. El inconfundible repiqueo del plástico. ¡La mascarilla Sephora 200!

No era culpa de nadie, salvo mía, que Papá Noel hubiera dejado un kit de maquillaje en el calcetín de Timby. Una de las formas de ganar tiempo para mí en los grandes almacenes Nordstrom era mandar a Timby a dar una vuelta por la sección de maquillaje. Las dependientas adoraban su carácter bondadoso, su cuerpo de paquete de azúcar, su voz chillona. La segunda o tercera vez, le preguntaron sin dudarle si quería maquillarse. No sé si a él le gustaba que le pintasen la cara o, más bien, dejarse mimar por esa panda de rubias. Medio en broma, medio en serio, elegí un kit del tamaño de un libro de bolsillo, que se abría como una caja de herramientas: tenía seis bandejas (¡!) y un total de doscientos tonos (¡!), entre sombras, coloretos y otras cosas que no tenía muy claro qué eran. El

tipo o la tipa que se las haya apañado para meter tanto en tan poco sitio debería estar trabajando para la NASA, en serio. Si es que la NASA sigue existiendo, claro.

—Sabes que no puedes ir al cole maquillado, ¿verdad? —le previne.

—Ya lo sé, mamá —respondió él, suspirando y encogiéndose de hombros como ve hacer a los personajes de Disney Channel. De nuevo, error mío dejar que ese canal haya echado raíces en él. Después del cole, ¡puzles!

Salí de la habitación de Timby y Yoyó, quieto y con aire preocupado, se estremeció aliviado al comprobar que seguía existiendo. Sabedor de que me dirigiría a la cocina a preparar el desayuno, salió como una flecha en dirección a su plato de comida y se dignó a comer algo, mirándome por el rabillo del ojo.

Joe volvió a aparecer en la cocina para hacerse un té.

—¿Cómo están las cosas? —pregunté.

—Qué guapa estás —fue su contestación.

Tratando de mantenerme fiel al gran plan que había trazado para aquel día, me había duchado y me había puesto vestido y zapatos tipo Oxford. Si echarais un vistazo a mi armario, os encontraríais con un estilo muy concreto: vestidos franceses y belgas a los que arranco las etiquetas antes de llegar a casa porque a Joe le daría un aneurisma si se enterase de lo que cuestan, y zapatos negros sin tacón de mil y un tipos. De nuevo, mejor no hablar de precios. ¿Comprarlos? Sí. ¿Ponérmelos? No tanto; la mayor parte de los días, esto me supone un gasto excesivo de energía.

—Esta noche viene Olivia —anuncié con un guiño, saboreando ya el menú degustación de *rigatoni* con maridaje del restaurante Tavolàta.

—¿Y si le pedimos que saque a Timby a dar un paseo para poder estar solos un rato...? —propuso él, tomándome de la

cintura y atrayéndome hacia él como si no fuéramos una pareja de cincuentones.

¿Sabéis a quién envidio? A las lesbianas. ¿Por qué? Por la caducidad del sexo en las relaciones lésbicas. Al parecer, en las parejas de mujeres, tras la tórrida excitación de los primeros años, la intimidad sexual desaparece totalmente. Tiene sentido. Si dejamos que el cuerpo siga su curso, las mujeres deberían dejar de practicar sexo tras haber sido madres. No hay ninguna necesidad desde el punto de vista evolutivo. Nuestro cerebro lo sabe, nuestro cuerpo lo sabe. ¿Quién se siente sexy cuando tiene que atender al agotador trabajo que es la maternidad, con un culo cada vez más caído y los michelines propios de la mediana edad? ¿Quién quiere que la vean desnuda y, mucho menos, que le acaricien esas tetas blandas como una bolsa de masa refrigerada para tartas, o que le toquen la tripa, esponjosa como el fruto del árbol del pan? ¿Quién quiere fingir que se pone bien caliente cuando el tarro de miel está vacío?

Pues yo, yo quiero. Para que no me cambien por un espécimen más joven.

—Nos toca estar solos, caballero... —repliqué.

—Mamá, esto se ha roto —oímos decir a Timby, acercándose a la barra de la cocina. Acto seguido, dejó caer en lo alto su ukelele con un clamor. (Sospechosamente cerca del cubo de basura)—. Suena muy feo.

—¿Qué propones que hagamos? —pregunté, como retándole a que propusiera comprar otro nuevo.

Joe cogió el ukelele y rasgueó las cuerdas.

—Está un poco desafinado, eso es todo —informó, y empezó a girar las clavijas.

—¿Desde cuándo sabes tú afinar un ukelele? —pregunté yo.

—Oculto muchos misterios —respondió, rasgueado de nuevo el instrumento con dulzura para comprobar cómo sonaba.

Devoramos el beicon y las torrijas del desayuno, y nos bebimos nuestros zumos con leche. Timby estaba enfrascado en un número doble de *Archie*. Yo tenía la sonrisa puesta. Nadie me la podía quitar.

Dos años antes, cuando empezaba a quejarme y a hacerme la mártir por tener que preparar el desayuno todas las mañanas, Joe me dijo: «Yo pago este circo. ¿Puedes, por favor, bajar de tu cruz y hacer el desayuno sin estar suspirando cada dos por tres?».

Ya sé lo que estaréis pensando: ¡qué imbécil! ¡Menudo machirulo! Pero, en realidad, no le faltaba razón. Muchas mujeres harían cosas peores sin pensárselo dos veces a cambio de un armario fabricado por un ebanista de Amberes. Desde ese momento, ofrecí un servicio cinco estrellas. La clave está en saber cuándo llevas malas cartas.

Joe enseñó a Timby el periódico.

—Timby, vuelve a Seattle la exposición de máquinas de *pinball*. ¿Quieres que vayamos?

—¿Seguirá rota la máquina sobre Evel Knievel, el motorista de motocross?

—Casi seguro —respondió su padre.

Enseñé a Joe el poema que había impreso, profusamente anotado.

—A ver, ¿quién va a echarme una mano? —pregunté.

Timby ni siquiera levantó la mirada.

Joe cogió el poema.

—Ajá, ¡Robert Lowell!

Empecé a recitar de memoria: «La ermitaña heredera de la isla Náutica pasa aún el invierno en su casita espartana; sus ovejas aún pastan junto al mar. Su hijo es obispo. Su aparcerero es el principal edil de nuestra aldea...».

La hora de las mofetas*

De Robert Lowell

(Para Elizabeth Bishop)

8:30
Jueves
Lola, 8 de oct.

La ermitaña heredera
de la isla Nautilus pasa aún el invierno en su casita espartana;
sus ovejas aún pastan junto al mar.
Su hijo es obispo. Su aparcerero
es el edil principal de nuestra aldea;
ella es una vieja chocha.

caracterización
mediante
austeridad,
antigua Esparta

ella

Ávida de
la jerárquica intimidad
de la época Victoriana,
se hace con todas
las aberraciones que miran al mar,
y deja que se derrumben.

decadencia

imágenes de un
pueblo costero tras
el verano, llegada del
invierno

El mal de la estación:
hemos perdido a nuestro millonario veraneante
que parecía haber salido de un catálogo
de L. L. Bean. Su baidando de nueve nudos
fue subastado entre los pescadores de langosta.
Una roja mancha de zorros cubre Blue Hill.

bien
vestido

nosotros

sangre? hierba? orina?

Y ahora la reinona
del decorador adorna su tienda de cara al otoño;
las redes de pesca llenas de corchos naranjas,
naranjas, el banco de zapatero y el punzón;
su trabajo no da ningún dinero,
haría mejor en casarse.

herramienta para
perforar agujeros
en el cuero

* Traducción del inglés de Andrés Catalán. *Poesía completa*. Vaso Roto. Madrid, 2017.

San Juan

Una noche oscura

mi Ford Tudor subió la calavera de la colina; yo
yo buscaba amantes en sus coches. Las luces apagadas,
descansaban juntos, casco con casco, coches como amantes
en donde el cementerio se asoma a la ciudad...

No estoy bien de la cabeza.

La radio de un carro gimotea:

«Ay amor, amor despreocupado...». Escucho
sollozar a mi espíritu enfermo en cada célula,
como si con la mano le agarrara el pescuezo...

El infierno soy yo;

Milton

no hay nadie más aquí:

solamente mofetas, que buscan !!!
a la luz de la luna un poco de comida.

Ascienden por el asfalto de la calle principal:
rayas blancas, el rojo encendido de los ojos lunáticos
bajo la sequedad caliza y el mástil de la aguja
de la Iglesia de los Trinitarios.

Permanezco en lo alto

de la escalera del patio trasero y aspiro el aire puro...
una madre mofeta con su hilera de crías escarba en la basura.

Hunde la cuña de su cabeza en un vaso
de nata agria, deja caer su cola de avestruz,
y nada logrará espantarla.

sin miedo
¿desesperación?

formación
militar

—«Su aparcerero es el edil principal» —corrigió Joe.

—Ay, joder. «Su aparcerero es el edil principal.»

—¡Mamá!

Chisté a Timby y continué recitando con los ojos cerrados: «Ávida de la jerárquica intimidación de la época Victoriana, se hace con todas las aberraciones que miran al mar, y deja que se derrumben.

»El mal de la estación: hemos perdido a nuestro millonario veraneante que parecía haber salido de un catálogo de L. L. Bean».

—Mamá, mira a Yoyó. Mira cómo apoya el morro en las patitas.

Yoyó estaba echado sobre su almohadón rosa en forma de diamante, con las patitas blancas delicadamente cruzadas. Se había colocado de forma que veía perfectamente si caía un trozo de comida al suelo.

—Oh... —dije yo.

—¿Me dejas tu teléfono?

—¿Por qué no juegas con tu mascota? —propuse yo—. No tenemos por qué estar todo el día pegados a una pantalla.

—Lo que mamá está haciendo ahora mismo es genial —dijo Joe a Timby—. Nunca deja de aprender.

—De aprender y de olvidar —puntalicé yo—. Pero gracias.

Mi marido me tiró un beso.

Yo seguí adelante con lo mío:

—«Su balandro de nueve nudos fue subastado entre los pescadores de langosta...»

—¿A que todos queremos mucho a Yoyó? —preguntó Timby.

—Sí, claro que sí. —La verdad desnuda. Yoyó es el perro más mono del mundo, parte *Boston terrier*, parte carlino, parte otras cosas... Blanco con manchas canela y un parche negro en un ojo, orejas de murciélago, cara apretada y cola enroscada.

da. Antes de la invasión de Amazon, cuando por la calle solo paseábamos las putas y yo, una de ellas comentó al verme con él: «Mira, una Barbie con un *pitbull*».

—Papá, ¿tú no quieres a Yoyó?

Joe miró al perro y reflexionó sobre la pregunta. Otra prueba más de la superioridad de Joe: siempre piensa antes de hablar.

—Es un poco raro —dijo Joe y, acto seguido, regresó al poema—. Dejad que vea esto, por favor.

Timby dejó caer el tenedor. Yo miré a Joe con la boca abierta.

—¿Raro? —gritó Timby.

Joe alzó la mirada.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Pero ¡papá! ¿Cómo puedes decir eso?

—Está todo el día ahí sentado, con cara de deprimido —replicó él—. Cuando llegamos a casa no viene a saludarnos. Cuando estamos aquí se limita a dormir, a comer y a escudriñar la puerta de casa como si tuviera migraña.

Timby y yo nos quedamos sin palabras.

—Yo sé muy bien lo que este animal obtiene de nosotros —añadió—. Lo que no tengo tan claro es qué obtenemos nosotros de él.

Timby se levantó de la silla de un salto y se echó encima del perro. Era su forma de abrazarlo.

—¡Oh, Yoyó! Yo sí que te quiero.

—Sigue con esto —dijo Joe, agitando el poema en el aire—. Lo estabas haciendo muy bien. «El mal de la estación...»

—«El mal de la estación —continué—: hemos perdido a nuestro millonario veraneante que parecía haber salido de un catálogo de L. L. Bean...». Tú —exclamé, dirigiéndome a Timby—. Prepárate.

—¿Vamos a ir en coche o andando?

—En coche. He quedado con Alonzo a las ocho y media.

Cuando terminamos de desayunar y Yoyó se levantó de su almohadón, Joe y yo nos quedamos mirándolo. Yoyó caminó hasta la puerta de entrada y la observó fijamente.

—No sabía que mi comentario iba a ser tan polémico —apostilló Joe—. «El mal de la estación...»